

PARTIDOS DE DERECHA: DERECHA PARTIDA

1. Introducción: tres proyectos para El Salvador

La guerra civil de El Salvador pone en juego dos confrontaciones: una principal, entre los sectores en el poder y los insurgentes del FDR-FMLN; otra secundaria, entre dos proyectos que se disputan el control al interior del bloque en el poder, el tradicional-oligárquico y el reformista-norteamericano. Del proyecto democrático-revolucionario del FDR-FMLN baste decir aquí que reclama un cambio radical de las estructuras sociales y económicas del país, orientándolas a la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población y garantizando esta orientación mediante la participación activa en el poder de las fuerzas populares organizadas.

Los otros dos proyectos que se oponen al del FDR-FMLN, pero que se disputan el poder entre sí coinciden en un objetivo primordial: impedir la instauración en El Salvador de un régimen socialista ("comunista") y, por tanto, que el FMLN pueda alcanzar el poder. Coinciden por tanto estos dos proyectos en continuar con la guerra hasta que el FMLN sea aniquilado o deponga las armas, entrando por "la vía democrática". Ahora bien, junto a esta coincidencia fundamental, hay una diferencia básica entre ellos sobre cómo lograr ese objetivo. Para la oligarquía y el gran capital salvadoreño, se trata de restaurar íntegramente el régimen capitalista vigente en el país a lo largo de este siglo, sin cambios ni reforma alguna. Por consiguiente, la guerra contra el FMLN debe ser total a fin de eliminar todo atisbo de rebeldía, utilizando si es preciso los métodos de la "guerra sucia". Para

Estados Unidos, en cambio, la victoria requiere ciertos ajustes o reformas al sistema socioeconómico, que garantice una estabilidad al régimen de dependencia capitalista, "quitando banderas al marxismo-leninismo". Por otro lado, la guerra debe respetar unos límites humanitarios o, por lo menos, lograr una apariencia creíble de respeto —lo que obliga a poner cortapisas a ciertas modalidades de la "guerra sucia".

El carácter y actividad de los partidos políticos en El Salvador debe entenderse a la luz de estos proyectos políticos y en el marco del esquema electoral impuesto por Estados Unidos como presunto camino para la democracia. Obviamente, la contradicción principal materializada en la guerra y la falta de espacio real que deja a los partidos de oposición, tanto los mecanismos oficiales o paraoficiales de represión como la legislación vigente de emergencia, reduce el panorama partidista a las agrupaciones que van desde una derecha moderada hasta la derecha más extrema. En consecuencia, las elecciones de 1984 sólo plantean la alternativa de optar entre el proyecto tradicional-oligárquico y el proyecto reformista-norteamericano, no la alternativa básica que se dirime en la guerra.

2. Los partidos contendientes

Los resultados de la votación de 28 de marzo de 1982 dejaron a dos partidos como principales aspirantes al ejercicio del poder: la Democracia Cristiana (PDC), que obtuvo un 40.3% de los votos válidos, y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), con un 29.3% de la votación. Tercero en discordia apareció el Partido de Con-

Las elecciones de 1984 plantean la alternativa de optar entre el proyecto tradicional-oligárquico y el proyecto reformista-norteamericano, no la alternativa básica que se dirime en la guerra.

ciliación Nacional (PCN) con un 19.0%, al que el golpe de Estado desbancó del poder en 1979 y que, unos meses después de las elecciones de 1982, sufriría una grave escisión de su ala más derechista, que formaría el Partido Institucional Salvadoreño (PAISA).

El PDC se presenta a sí mismo como un partido de centro, y como tal ha sido apoyado recientemente por Estados Unidos. Nacido en 1960, tanto sus fundamentos ideológicos, que combinan la llamada "doctrina social" de la Iglesia católica con el personalismo filosófico, como sus programas de gobierno, apelan sobre todo a los intereses de los sectores pequeño burgueses de la población. Sin embargo, el hecho mismo de contar con una ideología que le lleva a cuestionar el injusto orden social salvadoreño, su carácter formalmente cristiano y el haber estado consistentemente en la oposición, ganó al PDC bastante simpatías entre los estratos pobres de El Salvador, lo que le permitió alcanzar repetidas veces las alcaldías de las principales ciudades del país y triunfar en coalición con otros partidos de izquierda en las elecciones de 1972 (Hernández-Pico y otros, 1973; ver Webre, 1979).

Todo a lo largo de la década de los 70, el PDC luchó junto con otros partidos y movimientos más de izquierda, manteniendo posiciones políticas progresistas no muy distantes incluso a las de algunos grupos revolucionarios. Fue su ascenso al poder en alianza con la Fuerza Armada en enero de 1980 el que produjo su separación de la izquierda salvadoreña y el que precipitó su crisis en marzo del mismo año, cuando el ala más progresista se escindió formando el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC), que se integró al Frente Democrático Revolucionario. Los dos años pasados en el poder durante un período tan caótico han supuesto un grave desgaste político tanto para el propio partido como para su líder, el conservador Napoleón Duarte. Los sectores oligárquicos y del gran capital acusan al PDC y a Duarte de ser los responsables directos del caos económico en que se encuentra el país al haber iniciado una serie de reformas, en particular la reforma agraria; los sectores democráticos y revolucionarios responsabilizan al PDC por haber propiciado o al menos permitido y justificado la

matanza generalizada de miles de salvadoreños y la sistemática violación de los más elementales derechos humanos de la población. Unos y otros le reprochan el no haber sido capaz de lograr la paz, aunque para la oligarquía ello signifique el no haber aniquilado a los insurgentes, mientras que para los sectores democráticos signifique el no haber establecido un diálogo de paz con ellos.

En los momentos actuales, el PDC intenta convencer a Estados Unidos que puede ser el propulsor de su proyecto para el país. De hecho, los norteamericanos pusieron todas sus apuestas a la carta del PDC en las pasadas elecciones de 1982 y se encontraron con un grave problema cuando el proceso dio el triunfo a una alianza de sus contrincantes. Esto no significa que el PDC salvadoreño persiga todos y los mismos objetivos que la actual administración norteamericana hacia El Salvador; posiblemente la diferencia fundamental estriben en que, para Reagan, los problemas de El Salvador son una simple instancia de la confrontación entre el este y el oeste, que sólo adicionalmente tiene complicaciones locales, mientras que, para el PDC, los problemas del país son consecuencia de medio siglo de explotación opresiva y de gobiernos antipopulares, y sólo en segundo término se sitúan esos problemas en el ámbito de una confrontación universal. Sin embargo, no cabe duda que el actual PDC, bajo la dirección conservadora de Duarte y perdida su ala más progresista, ofrece en teoría la carta más aceptable, nacional e internacionalmente, para el desarrollo de los planes estadounidenses. Los principales líderes democristianos han demostrado que su deseo de reformas significativas puede subordinarse a su anticomunismo y a su ambición de poder, cuando así conviene, lo que les llevó, por ejemplo, a aceptar las migajas de poder que se les ofrecieron tras su derrota electoral en 1982. Con tal de permanecer en el gobierno, el PDC pasó a compartir el poder con los mismos sectores de extrema derecha a los que responsabiliza por los males endémicos de El Salvador, en lugar de asumir un papel crítico y creativo como partido de oposición.

ARENA es un partido que surge al calor de la actual crisis salvadoreña, como la más reciente articulación política de los intereses oligárquicos

y del gran capital frente al cuestionamiento fundamental del FMLN, así como frente al reformismo norteamericano y del PDC. Su nacimiento es producto de la unión entre una estructura político-paramilitar, dirigida por Roberto D'Aubuisson, un mayor de la Fuerza Armada con experiencia en el servicio de inteligencia política (ANSESAL), y la dirigencia organizativa de la gran empresa privada salvadoreña (ANEP).

ARENA fue antecedida por el Frente Amplio Nacionalista (FAN), un organismo de choque creado para contrarrestar la movilización popular los primeros meses tras el golpe de Estado de 1979. Según Craig Pyes (1983), el mismo Mayor D'Aubuisson afirma que el FAN fue creado como una "organización cívica" diseñada para apoyar políticamente a la Fuerza Armada, para incrementar su capacidad de inteligencia militar, y para contrarrestar el apoyo que recibían los grupos izquierdistas. Su principal base de apoyo se centró en ORDEN, organización paramilitar fundada en la década de los 60 para impedir la "infiltración de ideologías exóticas" en el campesinado salvadoreño que, al ser declarada ilegal por la primera junta tras el golpe, se convierte en el Frente Democrático Nacionalista bajo el

control de D'Aubuisson. Entre la membresía del FAN se contaba con asociaciones de la empresa privada (cafetaleros, ganaderos, jóvenes ejecutivos), así como el Frente Femenino Salvadoreño y el Movimiento Nacionalista Salvadoreño.

Según Pyes, un número significativo de los actuales miembros de ARENA, de los más estrechos colaboradores de D'Aubuisson, y D'Aubuisson mismo sostienen la necesidad de llevar a cabo una guerra de contrainsurgencia que utilice estructuras y organizaciones paralelas a las utilizadas por las organizaciones político-militares de izquierda. De hecho, varios de los actuales miembros del partido afirmaron en entrevistas sostenidas con Pyes su participación en organizaciones clandestinas, financiadas desde Miami por ciertos miembros de la oligarquía salvadoreña, en exilio voluntario (o forzado por el FMLN) incluso desde antes del golpe.

La estructura partidaria de ARENA también ha encontrado inspiración y consejo en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Guatemala, un partido de ultra-derecha fundado en 1953 y que jugó un papel importante en el derrocamiento del régimen de Jacobo Arbenz. El



ARENA, PDC y PCN se lanzaron después de las elecciones de 1982 a lo que se llamó una "garduña del poder", disputándose encarnizadamente cada puesto del aparato estatal a la búsqueda de posiciones partidistas y no de soluciones al país.

MLN proporcionó a ARENA, no sólo los principios ideológicos que le alimentan, sus colores y sus símbolos, sino también asesoría directa en la formación de los primeros grupos de choque en Santa Ana y los rudimentos de infraestructura partidaria. El hecho de haber nacido en 1981, en el marco electoral impuesto por Estados Unidos al país, llevó a los fundadores de ARENA a incorporar en sus plataformas doctrinarias e ideológicas, elementales del esquema de la "nueva derecha" norteamericana.

Su origen oligárquico-paramilitar define la naturaleza de ARENA: su ideología ultraderechista, propugnadora de la doctrina de "seguridad nacional", su membresía más activa —sectores de la alta burguesía y militares conservadores—, su estilo proselitista de "caudillismo machista" (ver Martín-Baró, 1982). Tres factores principales parecen explicar que un partido pro-oligárquico como ARENA consiguiera un 29.3% de los votos válidos en 1982. En primer lugar, la organización de su campaña, con excelente asesoría técnica y gran respaldo financiero. En segundo lugar, el poderse presentar como principal partido de oposición y capitalizar así en el inmenso descontento de todo tipo existente en el país. Finalmente, su mismo estilo pudo hacer pensar a muchas personas cansadas por la guerra que solo un partido fuerte podría realmente alcanzar la paz en forma inmediata.

El tercer partido en discordia, el Partido de Conciliación Nacional (PCN), fue durante dos décadas el partido oficialista, dirigido por los militares de turno en el gobierno. Desbancado del poder por el golpe de 1979, fue mantenido por una dirigencia parcialmente remozada que pretendió imprimirle una nueva dirección más abierta a los cambios, aunque no sin dificultades. El haber resistido los embates de la oligarquía para absorberlo como el partido de sus intereses o en alianza con ARENA, le ocasionó la muerte de uno de sus dirigentes más lucidos (el Lic. Rafael Rodríguez, asesinado al comienzo de la campaña electoral de 1982) y, más recientemente, la escisión de su ala más derechista que formó un nuevo partido, PAISA (Partido Auténtico Institucional Salvadoreño).

El PCN ha logrado mantener con habilidad parte de las estructuras organizativas de base de que dispuso en el poder, y eso le ha permitido sobrevivir y hasta lograr un significativo 19% de los votos válidos, sobre todo en zonas rurales. La

escisión de PAISA pudiera significarle alguna erosión de votos durante las elecciones de 1984. Sin embargo, la elección de José Francisco Guerrero como candidato presidencial parece estar dirigida a subsanar esta potencial dificultad. Un viejo militante del partido, que desempeñó cargos gubernamentales en las administraciones pasadas del PCN, se presenta así mismo como el elemento de continuidad entre el viejo y el nuevo partido, y al partido mismo como el constructor de El Salvador en la época moderna. Aceptando que las administraciones pasadas cometieron errores (cosa que puede esperarse de cualquier administración pública) señala el hecho de que todo lo que existe en El Salvador de hoy ha sido la obra de PCN (y así efectivamente lo ha sido, en tanto que ningún otro partido, con excepción de los 2 años en que el PDC compartió el poder con la Fuerza Armada, ha gobernado en El Salvador durante los últimos 20 años); y esto tanto en cuanto a infraestructura física y económica, como en cuanto a disposiciones de orden social (establecimiento de salarios mínimos; la legislación existente de orden laboral, particularmente la que se refiere a mujeres trabajadoras; la extensión del seguro social a los familiares de los cotizantes; etc.).

Los 20 años de ejercer el poder y los estrechos vínculos desarrollados con la Fuerza Armada durante este período lo ponen en posición privilegiada de entender las preocupaciones del estamento militar así como de gozar de la confianza de un porcentaje significativo de la oficialidad.

3. El gobierno de unidad nacional

Las elecciones del 28 de marzo de 1982, en lugar de fortalecer el proceso de reformas iniciado tras el golpe de 1979 como esperaba el gobierno norteamericano, sirvieron para debilitarlo, legitimando formalmente el proyecto tradicional-oligárquico como alternativa para el país. El PDC, aunque logró una mayoría relativa de votos, no obtuvo la mayoría absoluta necesaria para seguir en el poder. Por el contrario, ARENA, en alianza transitoria con el PCN y el Partido Popular Salvadoreño (PPS), un pequeño partido de la burguesía industrial, pudo reunir una mayoría de votos en la asamblea constituyente, lo que le permitía formar un gobierno.

ARENA intentó inmediatamente hacer valer su triunfo, revirtiendo las reformas iniciadas,

Las elecciones no pretenden ya consultar al pueblo sobre las formas de resolver los problemas críticos que afectan al país, mediante la presentación de programas alternativos.

sobre todo la reforma agraria, e imponer a su candidato, el Mayor D'Aubuisson, como presidente de la república. Ambas cosas resultaban inaceptables en aquel momento para Estados Unidos, lo que provocó un período de fuertes presiones y negociaciones, que obligó incluso a enviar de urgencia al General Vernon Walters para transmitir el veto norteamericano a las pretensiones de ARENA. Finalmente, ARENA tuvo que plegarse a la conformación de un gobierno de "unidad nacional", presidido por un "independiente" de la confianza de la Fuerza Armada, el Dr. Alvaro Magaña. En compensación, D'Aubuisson recibió la importante presidencia de la Asamblea constituyente, en teoría el poder máximo del Estado en esas circunstancias, y ARENA se apoderó de los Ministerios claves del sector económico, lo que le permitiría controlar el desarrollo de las reformas. Con todo, ARENA quedó con el malestar de que, como escribió uno de sus voceros, las elecciones ganadas en español se habían perdido en inglés.

Aunque el gobierno de "unidad nacional" forjado por las diligencias norteamericanas permitió la superación de una primera crisis entre los partidos en el poder tras el espejismo electoral, su propia configuración consagró la contradicción, reforzando la inviabilidad de cualquiera de los dos proyectos antagónicos e interiorizando el foco de continuas crisis. ARENA, PDC y PCN se lanzaron inmediatamente a lo que fue llamada una "guarda de poder", disputándose encarnizadamente cada puesto del aparato estatal a la búsqueda de posiciones partidistas y no de soluciones al país. La situación llega a hacerse tan insostenible, que obliga a establecer un nuevo convenio el llamado Pacto de Apaneca que se firmó el 3 de agosto de 1982. Por él, los partidos en el poder, con la excepción del pequeño AD, establecen una "plataforma básica de gobierno" que busca como objetivo fundamental la pacificación y democratización del país, y se propone para ello mejorar el respeto a los derechos humanos, lograr la recuperación económica y consolidar las reformas. Siguiendo una forma tradicional en el país para resolver sobre el papel los problemas sin cambiar en nada su realidad, el Pacto de Apaneca fija la creación de tres comi-

siones, una de paz, otra de derechos humanos, y otra política. De hecho, sólo ésta última desempeñaría algún papel como mecanismo de negociación interpartidaria, tanto para superar los empantanamientos en la elaboración de la Constitución como para tomar decisiones en el ejecutivo.

El Pacto de Apaneca supuso un balón de oxígeno provisional. En el fondo, el único acuerdo real consistía en buscar la pacificación, es decir, proseguir la guerra contra el FMLN y fijar un cronograma para ulteriores elecciones. Por lo demás, y como acertadamente señalaba AD al justificar su ausencia del pacto, la proliferación de comisiones duplicaba el aparato gubernamental, debilitaba aún más la autoridad y diluía la responsabilidad de los funcionarios en todos los aspectos (AD, 11 de agosto de 1982). En efecto, el Pacto de Apaneca no resolvía la contradicción entre los proyectos rivales de ARENA y PDC; simplemente la transfería a nuevas instancias. De ahí que, frente a un nuevo embate militar del FMLN en octubre de 1982 y su propuesta de diálogo, las fuertes divisiones al interior del gobierno vuelven a estallar. El agotamiento político de un régimen asentado en dos partidos políticos con proyectos opuestos resulta cada vez más patente.

La permanente crisis desencadenada por la oposición entre los partidos gobernantes se reproduce al interior de la Fuerza Armada. También entre los militares existe una creciente división entre quienes propugnan las reformas y quienes aspiran a restablecer el sistema tradicional, división que se superpone a la de quienes aceptan la dirección militar norteamericana y quienes pretenden mantener sus métodos de hacer la guerra. Las crisis militares se van a manifestar particularmente en 1983, ante la imposibilidad de la Fuerza Armada de lograr avances en la guerra frente al FMLN. La primera surge en enero, con la sublevación del Teniente Coronel Ochoa, uno de los comandantes regionales con más prestigio militar, y su resolución supone un serio debilitamiento de la institucionalidad de la Fuerza Armada ya que no se castiga la rebeldía y hasta se aceptan ciertas condiciones del subleva-

do. La crisis se reproduce en abril, cuando el Comandante de la Fuerza Aérea, Coronel Bustillo, emplaza al ministro de defensa, quien tiene que renunciar, y se vuelve a agudizar en octubre cuando, tras un período de aparentes triunfos militares, una nueva ofensiva del FMLN pone de manifiesto la falta de progreso real en la guerra y las escisiones en la Fuerza Armada. La última y peor crisis se producirá en el paso de 1983 a 1984, con la pérdida y destrucción de uno de los cuarteles más importantes del país, El Paraíso (Chalatenango), y las presiones norteamericanas para purificar a la Fuerza Armada de los "escuadrones de la muerte". En todas estas crisis militares, ARENA toma partido por los militares más conservadores y los métodos tradicionales (incluida la "guerra sucia"), mientras el PDC apoya a los oficiales reformistas y las estrategias norteamericanas.

El conflicto entre los partidos gobernantes y sus respectivos proyectos políticos tiene su mejor expresión en la realización del objetivo que da razón de ser al gobierno de transición: la elaboración de una nueva Constitución política para el

país. Una y otra vez los partidos llegan a puntos muertos en la redacción del texto al abordar los puntos cruciales, estancamientos que posponen repetidas veces la finalización de la nueva Constitución y exasperan a los militares. La crisis más grave se produce frente a la definición del régimen económico para el país, en particular a la hora de precisar aquellos aspectos vinculados con la reforma agraria. En concreto, la definición de un tamaño máximo para las propiedades privadas rurales se constituye en el punto clave, ya que de ello depende la posible continuación del proyecto de reforma agraria. El estancamiento arrastra todo tipo de síntomas críticos, desde la movilización de campesinos de la UCS en apoyo de las posturas del PDC hasta la activación de los "escuadrones de la muerte" o los rumores de golpe militar.

4. Las elecciones de marzo de 1984

Los ajustes exigidos a los partidos políticos tanto por Estados Unidos como por la Fuerza Armada para salir del empantanamiento en la



Las elecciones buscan simplemente determinar cuál de los dos partidos, PDC o ARENA, mantendrá el control del aparato estatal y, por tanto, cuál de los dos proyectos deberá desarrollarse, el reformista-norteamericano o el tradicional-oligárquico.

La asamblea constituyente conducen a una doble consecuencia: por un lado se aprueba una Constitución transitoria, que expresa más un acuerdo mínimo provisional que una clara línea sociopolítica. La Constitución resulta más ventajosa para ARENA que para el PDC, pero es insatisfactoria para cualquiera de los dos proyectos políticos en litigio. Por otro lado, se transforman las programadas elecciones presidenciales de un mecanismo que buscaría salida democrática a los problemas nacionales en un simple instrumento que dirima la contradicción enquistada en el gobierno de "unidad nacional". Las elecciones no pretenden ya consultar al pueblo sobre las formas de resolver los problemas críticos que afectan al país, mediante la presentación de programas de gobierno alternativos; las elecciones buscan simplemente determinar cuál de los dos partidos, PDC o ARENA, mantendrá el control del aparato estatal y, por tanto, cuál de los dos proyectos deberá desarrollarse, el reformista-norteamericano o el tradicional-oligárquico.

La premura del acuerdo interpartidario por medio del cual se convoca a elecciones, el irrespeto a los instrumentos jurídicos que la misma asamblea constituyente había instituido para garantizar "la pureza del proceso electoral", la arbitrariedad con que se están manejando los artículos transitorios de la nueva Constitución, la falta de registro electoral y de una ley electoral, y la determinación interpartidaria de restringir las elecciones a que sean sólo presidenciales, subrayan la naturaleza parcializada de las elecciones, y hacen surgir nuevamente las dudas en cuanto a las posibilidades de que se respeten sus resultados, independientemente de lo restringidas que puedan ser.

El que tanto el PDC como ARENA coinciden en que las elecciones de 1984 deban ser sólo presidenciales dice relación con el control del aparato estatal, así como la posibilidad a futuro de desarrollar sus respectivos proyectos, o de boicotear el de sus contrarios desde el legislativo. El PDC argumenta que el no tener elecciones legislativas en este momento deja abierta la puerta para una eventual participación del FDR-FMLN en las elecciones para alcaldes y diputados que deberán desarrollarse en 1985. Por su parte, ARENA sostiene que, dadas las sutilezas de interpretación que requerirán las nuevas disposiciones constitucionales, únicamente aquellos que están totalmente inbuidos del espíritu con que fueron redactadas podrán dar la interpretación

correcta y redactar la legislación secundaria pertinente que debe acompañarlas. Ambos argumentos, sin embargo, parecen carecer de fundamento, y esconden el hecho de que ambos partidos consideran necesario mantener el actual balance y control del tercio de alcaldías municipales que los 3 partidos mayoritarios de la asamblea constituyente se repartieron en agosto de 1982, así como la proporción de diputados que mantienen en la Asamblea (ahora legislativa), tanto para apoyar sus programas en caso de salir triunfadores, como de tener la suficiente fuerza para desarrollar una oposición significativa en caso contrario.

Siendo el único partido que tiene diputados en la Asamblea sin haber participado en las elecciones de 1982, así como algunas alcaldías, PAISA se ha unido a ARENA y PDC en esta posición. Por su parte, PCN insiste en que las elecciones deben ser generales para poder obtener las curules y alcaldías "robadas" por PAISA, mientras que AD considera que en elecciones generales, sus posibilidades de incrementar su participación en la Asamblea y de obtener el control de algunas municipalidades serían bastante buenas.

No parece haber nada en el contexto pre-eleitoral que haga suponer que los mismos mecanismos de intimidación que se dieron durante las elecciones de 1982 vayan a estar ausentes en las de 1984. Por el contrario, siendo que lo que está en juego es mucho mayor, estos mecanismos empiezan ya a aparecer en los elementos de campaña de los diferentes partidos.

En forma paradójica, ni ARENA ni PDC pueden garantizar un gobierno viable tras las elecciones presidenciales, incluso si lograran esa mayoría absoluta de votos necesaria para ascender al poder. Si triunfa el PDC gozaría del respaldo norteamericano, pero su gestión sería obstaculizada y hasta boicoteada por el capital más fuerte del país así como por importantes sectores de la Fuerza Armada. No existen factores o fuerzas nuevas en el panorama salvadoreño que permitan afirmar que lo que no le fue posible al PDC y a Duarte durante su gestión entre 1980 y 1981 les sería posible desde 1984. Si triunfa ARENA, lo que requeriría su coalición con otros partidos minoritarios de derecha, tendría que enfrentar al gobierno norteamericano que no puede alterar tan drásticamente su proyecto para El Salvador de un día para otro ni puede justificar fácilmente ante la opinión internacional y an-

te su propia opinión pública el apoyo continuo a un gobierno encabezado por D'Aubuisson y orientado a eliminar todo vestigio de reformas socioeconómicas.

La disyuntiva es tan excluyente, que lleva a pensar en la necesidad de una alternativa. Así, una vez más el PCN empieza a surgir no sólo como posible tercero, sino como única opción viable si se pretende por un lado continuar con el objetivo fundamental de derrotar y eliminar al FDR-FMLN, y por otro mantener ciertos vestigios del proyecto reformista que permitan a Estados Unidos seguir dando su apoyo. El indispensable acuerdo mínimo entre las fuerzas en el poder que ni Duarte (PDC) ni D'Aubuisson (ARENA) podrían lograr, quizá el Dr. José Francisco Guerrero, un viejo político del PCN, sería capaz de obtenerlo. En ello reside quizá la más profunda paradoja del panorama político de El Salvador: tras cuatro años de guerra, y cerrada por los Estados Unidos la vía del diálogo y la negociación con los insurgentes, el proceso parece no

tener más salida que volver al punto de partida, es decir, restituir el gobierno al partido que precipitó la guerra, el PCN. Ahora bien, sólo a través de una alianza podría el PCN obtener los votos necesarios para volver al poder. Esa alianza tendría que ser o bien con ARENA o bien con el PDC; lo cual, obviamente, deja sin resolver el problema sobre la viabilidad práctica de sus respectivos proyectos y cierra el círculo vicioso de las elecciones como instrumento para dirimir su conflicto.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AD, Acción Democrática en relación al Pacto de Apaneca declara. *ECA*, 1982, 407-408, 975.
- Hernández-Pico, Juan y otros. *El Salvador: año político 1971-72*. San Salvador: UCA José Simeón Cañas, 1973.
- Martín-Baró, Ignacio, "El llamado de la extrema derecha". *ECA*, 1982, 403-404, 453-466.
- Webre, Stephen, *José Napoleón Duarte and the Christian Democratic Party in Salvadoran Politics, 1960-1972*. Baton Rouge, Lo.: Louisiana State University Press, 1979.

